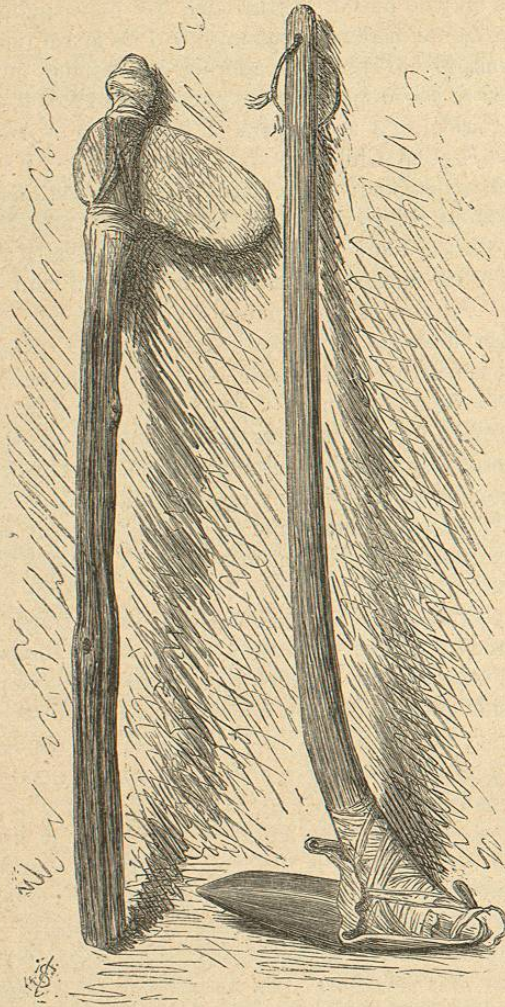


alcanzado mayor altura que en la mayor parte del resto de América y á donde llegaron los europeos mucho más tarde. Esto no obstante, también en los pueblos de Nuevo Méjico y de Arizona se fabricaban antiguamente cacharros de arcilla mejores, de formas más elegantes y más hábilmente pintados que en la actualidad. Ya Schoolcraft llamó la atención sobre la rápida decadencia que hubo de sufrir la actividad industrial indígena á consecuencia de la introducción de instrumentos, vasijas, trajes, etc., más útiles y convenientes. Cuando el comercio europeo les pro-



Hachas de piedra de los commanes del Brasil (Colección de Martius, Museo Etnográfico, Munich). Véase pág. 39.

veyó de todo aquello que hasta entonces sólo á fuerza de ímprobo y continuado trabajo y aun así imperfectamente pudieron poseer, la actividad de esos pueblos no sólo disminuyó en aquellos ramos en que hasta entonces habían producido objetos notables, sino que además se vió debilitada y perdió el sentimiento de la necesidad y la confianza en sí misma, perdiéndose de esta suerte con el tiempo el arte mismo por completo. Pero si se compara la situación existente á la llegada de los europeos con los productos de la actividad en anteriores tiempos, se encontrarán en muchos ramos indicios de una decadencia iniciada mucho antes de aquel gran suceso histórico. Por estas muestras puede venirse en conocimiento del progreso y término de esta decadencia pero no del comienzo de la misma que al llegar los europeos á esos territorios se hallaba ya muy adelantada quizás á consecuencia de largas y devastadoras guerras. Schoolcraft deduce de esto que debió realizarse un gran movimiento de pueblos promovido por la inmi-

gración de los pueblos aztecas acacida en los siglos doce y trece; nosotros podríamos inclinarnos más á la opinión según la cual los grados de cultura material tales como surgieron en distintos puntos de América apenas podían considerarse garantizada su duración dentro del nivel de la cultura general de esta parte del globo.

La extensa difusión de algunos objetos demuestra la existencia de un antiguo comercio. Ningún grado de civilización excluye el tráfico mercantil y por otra parte no carecieron los indios de espíritu de empresa ni de aficiones comerciales. Por su diligencia y por su actividad mercantil distinguieron especialmente los narragansets, quienes facilitaban á sus vecinos, los wampunes, adornos de toda clase, pipas y cacharros de tierra recibiendo, en cambio, de ellos pieles de nutria y de otros animales que á su vez proporcionaban á los ingleses. Los pobres wintunes mientras vivieron en paz con los indios que habitaban en las montañas mantuvieron con éstos un animado comercio entregándoles salmones secos, cangrejos y moluscos á cambio de arcos, bellotas y manzanitas, pues si bien los wintunes sabían fabricar arcos preferían los que estaban hechos con maderas de las montañas: en tiempos modernos se dedica este pueblo con increíble perseverancia á la fabricación de puntas de flecha con los cristales de las gruesas botellas oscuras de whiskey que les sirven de medios de cambio al par que de fichas para sus juegos. Los hurones, aun los que viven al Norte del San Lorenzo y de los lagos, cambiaban con los pueblos cazadores que habitaban más al Norte todavía, los sobrantes de maíz del que á menudo reunían debajo de los techos de sus viviendas provisiones para tres ó cuatro años. Otras tribus enterraban sus cereales debajo de tierra, habiéndose descubierto aun en nuestros días varios de estos depósitos. El comercio de granos se hacía también desde Rhode-Island. Las cabezas de los picamaderos de California muy apreciadas por sus plumas de color rojo de fuego eran, además de las cuentas de que hemos hecho ya mención como medios de cambio, otro de los artículos de comercio que llegaban á las costas del Pacífico, pero el que figuraba como principal eran las sarta de concha de dentalia, *allikotschik*, cuyo valor, según fuese el tamaño de cada molusco, pasaba rápidamente de 25 céntimos á 2 dollars. Im Thurn, hablando de los caribes del territorio de Essequibo describe el siguiente original sistema de comercio: «En vista de la presencia de animales domesticados en las residencias de los indios norteamericanos, se ha querido deducir que éstos sentían hacia los animales cierta afición; en efecto, estos indios consideraban á sus bestias como otras tantas monedas con las cuales podían adquirir de otros indios lo que para sus necesidades les hacía falta. Entre estas tribus aparece un sistema primitivo de división del trabajo: una hila el algodón, otra hace con estos hilos las hamacas, una tercera fabrica cacharros, la cuarta confecciona los rallo con los cuales se raspan las raíces de cazabe para las gachas: en una palabra, cada tribu tiene su manufactura propia cuyos productos cambia con los de las demás. En este comercio á menudo paga el indio el precio de lo que adquiere no con objetos fabricados sino con animales domesticados que son considerados como moneda.» Werthmann encontró en las chozas abandonadas de los chunchos de Paraná destales y anzuelos de hierro, de lo cual parece desprenderse que hubo de existir un comercio importante entre las tribus de la corriente del Amazonas y este pueblo, en apariencia tan cerrado. Insignificante es el comercio de los churrufes, quienes dan á los blancos cumare, moriche, redes, armas

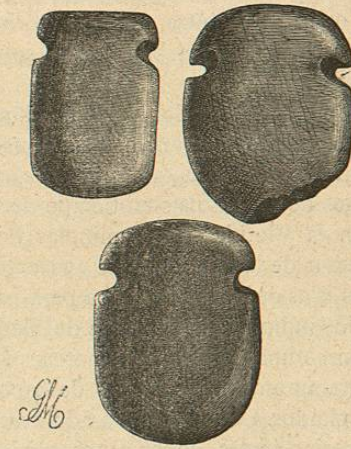
y curare á cambio de telas, cuchillos, agujas, sal, etc., artículos que también admiten como salario cuando trabajan en las haciendas. Los camuniguas hacen algún comercio con las tribus vecinas de las cuales adquieren el curare á cambio de una parte de lo que han sacado de los blancos. Los rukujennes están más adelantados, pues entre ellos hay un comercio corriente de cambio por el cual el comprador ha de pagar siempre por adelantado; así por ejemplo los bonis á quienes el comercio lleva al país de los rukujennes deben satisfacer desde luego el importe de las hamacas que no les serán entregadas hasta el verano siguiente. El indio en cuanto aprecia la ganancia se muestra avaro. Allí donde, como en el Noroeste, hay un signo de valor reconocido aparecieron tendencias hacia la plutocracia.

Los indios han sido muy celebrados como faquines y como corredores. Antiguamente, cuando los caminos de la América del Sud eran peores que ahora, los indios llevaban días enteros á las personas en hombros á través de los Andes haciéndolas sentar para ello en la *silleta*, famosa quizás ya en tiempo de los inkas, que parecía antes una silla provista de un estribo en la cual tomaba asiento el viajero y que en la actualidad consiste en una especie de albarda. La *silleta* se llevaba por medio de unos tirantes de corteza de *Cecropia* y de una correa que pasaba por la frente del llevador: de esta suerte recorría en 8 ó 10 días un indio con su carga, con lentitud pero con seguridad, el camino de Ibagué á Cartago que á menudo bordeaba terribles precipicios. Precisamente esta cualidad de la resistencia en correr y en llevar cargas es la que ha hecho que el indio colocado en condiciones favorables haya sabido hallar económicamente un apoyo en el hombre blanco. Estos indígenas son empleados en gran número como cortadores de árboles en estos territorios y aun más en el alto Norte y también allí donde crece el árbol mahogón, ó sea entre los 10° de latitud Norte y el trópico de Cáncer: este trabajo es muy á propósito para el indio que aunque lento en sus movimientos posee una tenacidad suma. En los puntos en que crecen juntos y espesos los mahogones se cortan con los machetes y destales todos los arbustos que se alcanzan alrededor de los árboles, se derriba luego el árbol, se quitan las ramas y se corta el tronco en forma de viga cuadrangular que las yuntas de bueyes conducen al río más cercano. Pero para eso es preciso que antes se hayan abierto caminos, trabajo que, como se comprenderá, exige mayores esfuerzos que el derribo y desbastamiento de los troncos. En la América del Sud, los huillichees de Chiloe son activos y hábiles taladores de bosques y cargados con las vigas y con las lanchas descienden por aquel país sin caminos hasta la costa.

Pasamos por alto los distintos sistemas de explotar los tesoros naturales de las selvas, la manera de obtener la corteza de la quina en los montañosos bosques del Perú, Ecuador y Colombia, el azúcar de erable en la América del Norte y la cera de palmera (de la *Ceroxylon andicola*), operaciones todas para las cuales se emplea aún con harta frecuencia el procedimiento bárbaro y destructor de cortar los árboles y extirpar los criaderos. Una clase especial é importante de trabajadores indios puesta al servicio del comercio europeo la constituyen los *uleros* de la América central, es decir los recolectores de caucho, producto que los criollos denominan *ule* y obtienen de la *Castilloa elastica* y cuyo valor ha aumentado considerablemente desde que lo emplea la telegrafía submarina. Los *uleros* ó recolectores de goma son contratados por un empresario y cuando han gastado alegremente sus salarios se encaminan á los leja-

nos distritos en donde crece el gomero y se dedican por espacio de algunas semanas á recoger el jugo del árbol. Estos *uleros* son muy temidos en la América central como bandidos y como algo peor y en realidad son desgraciadamente los que á menudo llevan la civilización en la forma más terrible á las aldeas indias apenas conocidas. Algunas otras gomas como la copaiba, el cumari, el moriche y otras son también artículos comerciales de las miserables tribus errantes de Colombia. Desde que la insensata devastación de los árboles del caucho ha obligado á muchos cartagineses á recoger las nueces de marfil, se hace de éstas una exportación regular.

El desenvolvimiento de la navegación es insignificante comparado con la extensión del país siendo muy contados y estando muy distantes unos de otros los pueblos que ha-



Destales de piedra caribes de las Indias Occidentales (Museo Británico, Londres)  $\frac{1}{4}$  de su verdadero tamaño. Véase pág. 39.

cen algo importante en esta rama de la actividad humana. Hay tribus enteras como la de los botokudos que en su origen carecían en absoluto de canoas. Los instrumentos para la navegación son, en parte, extraordinariamente sencillos y recuerdan los vehículos respectivos de otros pueblos. Los seris de la costa de Sonora y de la isla del Tiburón poseen unas canoas armadas hechas con tres haces de cañas de junco encorvadas por delante y por detrás en las que pueden caber dos personas, penetrando el agua en ellas hasta el mismo nivel que en el exterior se marca: son pues estas canoas ni más ni menos que los botes de ambatsch que hemos encontrado entre los habitantes del Nilo y visto reproducidos entre los micronesios. Análogas á estas canoas son las armadas que los californianos denominan *tules*. Los indios de la Baja California poseen embarcaciones algo más sólidas, puesto que Clavijero refiere que pescan á 3 y 4 millas de la costa con balsas construídas con tres y hasta seis troncos, «sin temor á las elevadas olas del Pacífico.» El teniente R. W. Hardy vió en 1826 barcos parecidos á estos en el golfo de California. En esta misma costa aunque más hacia el Norte encontramos canoas de mayores dimensiones y diestros navegantes. El material que con preferencia emplean los americanos del Noroeste para sus embarcaciones es la madera: las lanchas esquimales ceden, al llegar á la residencia de los thlinkites, su puesto á los botes de madera. Las del Este son unas canoas especiales de abedul que vemos descritas en Terranova y las del Misuri son unos botes redondos de piel de bisonte que sólo se emplean para pasar de una á otra orilla. Los indígenas de la Tierra del Fuego construyen sus barcas con madera y aun los que cubren las lanchas con pieles usan la madera para montar los armazones de las



mismas. En las comarcas del Noroeste se vacían por medio del fuego los troncos destinados á canoas que luego son pulimentados con conchas: en esta construcción no se emplean clavos de madera ni de metal, sino que todo se encaja por medio de costuras y de ligaduras de corteza de cedro: para el calafateo se usa preferentemente la resina. Los modokes, por ejemplo, construyen por este sistema embarcaciones que conducen por el bajo Klamath cargas de 1800 libras. Para construir canoas con troncos de árboles sin ninguna pieza de hierro se requiere un trabajo de muchos meses, de modo que una buena lancha representa uno de los mayores valores de que disponen estos pueblos. Una leyenda tinne sobre el infierno habla de construcciones complicadas, es decir, de canoas unidas que según Petitot no son otra cosa que dobles canoas por el estilo de las polinesias. Los pueblos que poseen buena madera como la de *redwood* que se encuentra en el territorio de los yurokes, en el Klamath, comerciaban con el sobrante de las canoas que construían.

En el resto de la América del Norte únicamente encontramos un desenvolvimiento análogo de la navegación en las fronteras del territorio habitado por los caribes, los nómadas marítimos de las Antillas en tiempo de Colón, y especialmente en la Florida. Los seminolas de la Florida occidental, á pesar de la fragilidad de sus embarcaciones, llegan hasta las islas de Bahama y Cuba para hacer en ellas el comercio y los indios de la Carolina del Sud construyeron en otro tiempo una flota para comerciar directamente con Inglaterra, empresa que, como es de suponer, fué de desastrosos resultados. Con verdadera admiración habla el capitán Pym, marino inglés, de las canoas de los indígenas de la costa de los Mosquitos vaciadas en troncos de cedro ó de mahogoni cuya longitud era á veces de 15 metros, y de la habilidad náutica de sus constructores. Las canoas de corteza están muy en uso en los afluentes del Amazonas y del Orinoco. Los guaraunos del delta de este último río poseen gran número de canoas vaciadas en árboles colosales cuyo solo defecto consiste en ser demasiado planas para navegar en aguas profundas; en cambio escaso en extremo es el número de embarcaciones que circulan por las lagunas de la costa brasileña á propósito como pocas corrientes para la navegación. A aquellas canoas se refiere indudablemente lo que decía Haenke en 1799 en una memoria sobre la posibilidad de utilizar el Madeira y sus afluentes para los transportes: «Los indios son muy buenos navegantes en sus propios ríos, dirigen con habilidad suma sus botes, á menudo de 50 y 60 pies de largo, y viajan sin fatigarse meses seguidos necesitando pocos brazos y ninguna provisión, puesto que se alimentan de los peces que ellos mismos pescan, de raíces y frutas que recogen y de monos y otros animales que matan con sus arcos y con sus flechas.» Colón encontró las primeras grandes embarcaciones en el mar entre Yucatán y Honduras y Las Casas las describe «tan largas como una galera y de 8 pies de ancho.» A 30 leguas de la costa yucataná las alcanzaron hallándolas cubiertas de esteras y de cortezas de palma bajo las que se guardaban los géneros y se guarecían las mujeres y los niños, además de los cuales llevaba cada lancha 25 hombres. La segunda vez que vemos mencionada una gran embarcación es á propósito de la «balsa peruana» que apresó Pizarro en Tumbez y que estaba provista de una vela y de una especie de timón para regular la acción de ésta. No es este, sin embargo, como cree Prescott, el único ejemplo de barco de vela entre los indígenas americanos, puesto que Bernardo Díaz habla claramente de «cinco canoas grandes, llenas de indios y venían á remo y vela»; también Gonzalo de

Sandoval encontró una canoa «á remo y á la vela.» Además, Oviedo hace mención de botes de vela en la costa yucataná, bien que refiriéndose á una época en que los europeos hacía ya una generación que recorrían el mar de las Antillas. Cabe suponer que los huastecas ó guastecas conocían la vela pues se les cita como pueblo navegante que llegaba en sus expediciones hasta las Antillas; la forma de sus embarcaciones parece haber sido la misma que la de las embarcaciones de los yucatanos por Bernardo Díaz calificadas de *artesas* y que la del barco encontrado en Chichen Itzá reproducida por Stephens. Grijalva, en su viaje al Yucatán, fué valerosamente atacado por barcos huastecos, que también destrozaron en el río Tampico, excepción hecha de una sola embarcación, la flota que Garay había enviado para la conquista de Pamico. Los aztecas y otros habitantes de Anahuac no mantenían, por el contrario, ninguna relación con los pueblos del otro lado de los mares y su náutica era tan imperfecta que con sus botes únicamente podían visitar los arrecifes cercanos á la costa. Sus medios de navegar consistían en armadas hechas con árboles ó en un solo tronco, no siendo pues de extrañar que les aterrorizara la presencia de las velas de Cortés en sus lagunas.

En la América del Sud la navegación es el apoyo esencial de la vida en aquellas tan fraccionadas regiones del Sudoeste, al Sud de Araucanía: allí aparecen íntimamente enlazadas la tierra y el agua y por esto el mar comunica á las almas sus brillantes destellos. Los habitantes del archipiélago de Chiloe son excelentes marinos; los niños desde sus primeros años se lanzan al mar con sus padres en botes de un solo mástil y su afán por emigrar nace de la costumbre de vivir en el agua. Las costumbres y los usos de los chilotas están tan profundamente influidas por el mar que, según Martín, todos los moribundos creen que vivirán mientras suba la marea y que perecerán cuando se inicie el reflujó. Esto no obstante, el verdadero desarrollo de la navegación ha comenzado con el contacto con los europeos. La navegación es tan necesaria para la vida como primitiva desde el punto de vista técnico entre los habitantes de la Tierra del Fuego en quienes no puede menos de admirarse el valor con que luchan con el temido mar del extremo meridional de América. Bohr vió en el estrecho de Magallanes un bote de estos indígenas compuesto simplemente de una tabla de fondo y de dos laterales atadas con cuerdas á unas 30 millas al Oeste del cabo Froward.

La pesca era explotada en América, antes ya de que en ésta se dejara sentir la influencia europea, por todos los sistemas conocidos en el Viejo Mundo. Los anzuelos americanos de hueso ó de piedra nada de particular ofrecen á menos que quiera considerarse como rasgo característico cierta rudeza en la labor; los que mejor forma tienen son los de las costas californianas, especialmente las del Noroeste (véase el grabado de la pág. 53), que tienen mucha semejanza con los melanesios. Una de las particularidades de la etnografía americana son los anzuelos de cobre y de oro (estos últimos principalmente en los yacimientos auríferos de Cauca) y los de espinas de cactus que se emplean en el territorio del Colorado y de Gila. También se emborracha á los peces para pescarlos con más facilidad. Para la pesca se emplean las redes en grande escala, las nasas, las presas, algunas de ellas construídas con piedras, y los canales. La escasez de peces de las aguas corrientes es causa de que esta industria no haya alcanzado gran desarrollo en los extensos territorios del Oeste, especialmente desde el Colorado hasta Chile. La pesca costanera apenas se ejercía más que en el Noroeste y en el Sudoeste de

América y en el Perú todavía está en su mayor parte en manos de los extranjeros, en especial de los italianos. Los utensilios para la pesca son uno de los principales y más frecuentes hallazgos que se realizan en los yacimientos prehistóricos de América: los pesos para hundir las redes de forma esférica ó elíptica abundan mucho; las piedras áncoras se parecen mucho á los pesos esféricos pero son mucho más grandes; los pedernales en forma de lanceta afilada por ambos extremos y las dobles puntas de flecha son designados por Rau como «sustentáculos para el cebo;» los arpones de hueso tampoco son escasos. Entre los sudamericanos es muy común el sistema de pescar á flechazos y por esto vemos á los churrujes penetrar en el agua en fila tan apretada que difícilmente escapa un pez á sus flechas. También se pesca con lanza siendo este casi el único procedimiento seguido por las tribus sudamericanas, la de los wintunes por ejemplo. El wintún coloca sobre unas vigas clavadas en el fondo del agua, en los sitios en que ésta alcanza alguna profundidad, una tabla y montado en ella espera á los peces para arrojar sobre ellos su lanza de pesca, fabricada como un arpón, con tal fuerza que á veces consigue clavar dos peces de un solo golpe. Power vió á dos wintunes que en una noche recogieron por este procedimiento 500 salmones; la limpia y el secado del pescado es tarea propia de los hombres. Los indios del alto Amazonas prefieren á todos los sistemas de pesca el que consiste en emborrachar á los peces con las hojas de una *Paullinia* y de una *Jacquinia*, que conocemos por la descripción de Condamine. Los pescados secos constituían antiguamente un artículo de comercio. Los antiguos visitantes del bajo La Plata, como U. Schmiedel, citan «la harina y la manteca de pescado» como comestibles que se encuentran en las cabañas indias. De los reptiles acuáticos son cazados el caimán y la tortuga; algunas tribus, especialmente la de los botokudos, comen sin repugnancia alguna la carne del primero.

América tiene, como Africa, sus nómadas pescadores que van de río en río ó visitan periódicamente determinados trechos de ríos coincidiendo sus visitas con la recolección de las cosechas. Una de estas tribus de Honduras permanece en sus residencias durante una gran parte del año, pero en los meses de diciembre, enero y febrero casi todos sus individuos se embarcan en sus *curiaras* (canoas) y descienden por el río Meta en busca de huevos de tortuga que en cantidades asombrosas encuentran en la arena, á un metro de profundidad, en las desembocaduras de los ríos: con estos huevos hacen un comercio regular. Los moluscos constituyen el alimento de los habitantes de las costas en donde se crían en gran cantidad: en todas las costas accesibles aparecen los llamados *kjokkenmoddinges*. En las llanuras costaneras de las provincias meridionales del Brasil se encuentran con frecuencia verdaderas colinas de moluscos cuya altura es á veces de 25 y 30 metros: en Santa Catalina están principalmente formadas por dos clases de ostras y una cardíaca que todavía abundan en esas aguas y constituyen un alimento de sus habitantes. Cortadas estas colinas en sección, encuéntrase algunas veces capas de tierra que indican la existencia de hogares, apareciendo entre estos restos numerosos utensilios de piedra toscamente trabajados, algunas piedras colorantes y muy pocos huesos humanos y de mamíferos, estos últimos rotos.

Un gran número de tribus americanas viven principalmente de la caza que á menudo es discutida como asunto importante de la tribu y decretada y regulada por el caudillo. En la actualidad se caza generalmente con fusil y sólo

en muy contados territorios con arco y flechas, como sucede en las remotas comarcas noro occidentales de la América del Norte y nororientales de la América del Sud en donde se cazan de este modo las gallinas ocos, los tapires, los monos y los marsuínos, en la América septentrional los búfalos, los ciervos, alces y las liebres, y en el alto Norte los animales de pieles. La introducción del caballo facilitó este ejercicio en las estepas tan pobladas de caza, pero no contribuyó tanto como se cree á la extinción del bisonte y de otros animales de las estepas, pues los causantes de ella han sido los blancos comparados con los cuales resultan negligentes aun en la caza los mejores cazadores indios. Algunos sistemas de caza denotan gran habilidad; así por ejemplo, en la caza de los perezosos el cazador sube á un árbol armado de una percha en cuyo extremo hay un lazo, arroja éste al animal de modo que le pase por el cuello y le da algunas vueltas para estrangularlo: cuando el animal está poco menos que ahogado un pequeño esfuerzo basta para hacerlo caer atontado y una vez llegado al suelo se le mata á palos. Análogo procedimiento siguen los indios de Río Grande do Sul para coger á los papagayos que cubren materialmente los árboles en donde tienen sus nidos. Para la caza de pájaros se emplean también las flechas con punta achatada. Los indios del Norte que, como los saulteses, viven todavía en los límites de la agricultura y cultivan algún maíz en sus islas, dependen hasta tal punto de la caza que la desaparición del elemento principal de la misma, la liebre, durante el invierno de 1870 á 1871, produjo, como antes lo había producido más hacia el Oeste la del búfalo, un período de hambre terrible. Algunos pueblos cazan por cuenta de otros al igual que los pueblos enanos del Africa. así supone la leyenda que lo hacían los algonkines, desde sus antiguas residencias septentrionales, para los irokesses. De los wintunes se dice que se juntaban para cazar en común venados con redes y lo propio oímos referir respecto de las cazas de rengríferos de los tinnes quienes en el período de las emigraciones otoñales de estos animales les atacan hasta cuando atraviesan los ríos. La caza del argalí, del castor y del alce se hace al acecho. Las mujeres y los niños son los encargados de llevar á la choza los animales cazados y de despedazarlos, siendo también de su incumbencia abrir agujeros en el hielo de los ríos para introducir por ellos los sedales y preparar trampas para las liebres y las logópedas. Con trampa se cazan las martas, los glotonos y las zorras cuyas pieles son entregadas á los comerciantes de la sociedad de la bahía de Hudson á cambio de armas, municiones, redes, vestidos, etc. Ya antes de la llegada de los europeos eran conocidos los períodos de veda y algunos territorios eran tabuados para la caza. La caza por medio de trampas-fosas no era tan general como en Africa, por ejemplo; sin embargo, la frecuencia de estos aparatos en el Pit River dió nombre al río, bien que esto puede ser considerado como una gran excepción.

Los indios son muy aficionados á domesticar animales salvajes, de modo que apenas se pasa por una aldea que no tenga sus papagayos y monos, sus warayes y sus cerdos almizcleños domesticados y Appun vió una vez á un niño de pocos años paseando con una nutria amansada, encontrándose con frecuencia grandes aves como los ocos, agumís, marayes y arpías cuyas plumas son utilizadas para las flechas. En la aldea caribe de Aputeri, junto al punto de confluencia del Rupununi con el Essequibo, encontró Im Thurn dos docenas de papagayos de varias especies, dos makaos, dos agumís, dos trupiales, tres monos, un tucán, algunos ocos y un fénix como animales domésticos. Respecto de la aplicación de estos animales como medios de